



JOSÉ ANTONIO CANTÓN

Actualizado: 04/03/2015 14:07 horas

La presencia de este magistral pianista en la presente temporada de la Sociedad de Conciertos de Alicante ha supuesto un hito en su excelente programación, una de las más acreditadas de las que se organizan en España, con más de cuatro décadas de historia. Sokolov ofreció obras de tres autores sustanciales en la historia de la música para teclado, siguiendo un orden cronológico y pensando para hacer de su interpretación un constante y continuo estímulo de sensibilidades. Con estas intenciones se convirtió en el intérprete perfecto en el que confluían los tres aspectos esenciales de la música entendida fenomenológicamente: composición o creación, interpretación o recreación -que era su función-, y escucha activa o atenta percepción en el auditorio.

Recital de piano de
Grigory Sokolov.

FECHA: 03-III-2015.

ORGANIZA: Sociedad
de Conciertos Alicante

LUGAR: Teatro
Principal.

PROGRAMA: Obras de
Bach, Beethoven y
Schubert.

CALIFICACIÓN: *****

Para ponerse en situación él mismo y también hacerlo con el público, inició su actuación con la *Partita núm. 1 BWV 825* de Juan Sebastián Bach, en la que adaptó su prodigiosa técnica a un expresividad clavecinística, ajustando su pulsación a una cuidadísimo y preciso enfoque de ornamentación que hace que su Bach tenga la singularidad de una voz propia, esa que solo alcanzan los dotados por los dioses como es su caso. Sería imposible calificar la grandeza de su interpretación de la zarabanda central de esta obra, en la que trató su melodía como una continua filigrana sonora de pasión contenida. Aparecía así el primer momento sublime del recital. El virtuosismo técnico y musical se hizo presente en la portentosa *giga* final en la que Sokolov cruzaba las manos en el teclado con una precisión absolutamente espectacular en la forma y emocionante en lo musical, sacando el mejor sonido de un instrumento que estuvo siempre a la altura de las amplias y diversas exigencias dinámicas a las que puede llegar este pianista.

Tal nivel volvió a darse en la hermosa *Sonata núm. 7 Op. 10 n° 3* de Beethoven, de manera abrumadora en el movimiento *Largo e mesto*. Toda la complejidad que transmite el compositor en esta parte de la obra fue desgranada por Sokolov de tal manera que estimulaba el intelecto del oyente hasta el punto de hacerle ver el calado visionario que encierra y preanuncia el autor en esta sonata. Así su interpretación iba más allá del disfrute de los sonidos, y se instalaba en un parámetro estético superior, que hacía válidos los melancólicos sentimientos de los pasajes finales, en los que la mano izquierda cantaba a modo de los más hermosos registros bajos de cuerda de una orquesta ideal.

La segunda parte estuvo dedicada íntegramente a obras de Franz Schubert: *Sonata D784 en La menor* y los *Seis momentos musicales D780*. En la primera, Sokolov reafirmó el sentido orquestal de su pianismo, anteriormente mostrado en Beethoven, llegando a un virtuosismo paroxístico en el *Allegro vivace final*; otro de los pasajes cumbres de la velada. Tal tensión vino a ser mitigada con los momentos musicales en los que la espontánea delicadeza de su invención fue llevada a los límites de la expresión desde un ejercicio de emoción contenida difícil de describir, que tuvo sus mejores ejemplos en el segundo, *Andantino*, y en el sexto, *Allegretto*, verdaderos portentos de refinamiento y delicadeza *alla viennese*, en los que Sokolov provocó el sonoro silencio más profundo del público, dándose ese tercer fenómeno de la escucha activa casi litúrgica de ser y estar todo un teatro absorto ante tanta verdad, bondad y belleza.

La generosidad de este descomunal pianista parece no tener límites, llegando a ofrecer seis bis es que ocuparon más de media hora añadida a un recital ya de por sí de gran duración y que podía haber sido infinito dada la calidad de música e intérprete. Fueron cinco mazurcas de Chopin destacando la *Op. 68, n° 2*, en la que Sokolov, recordando lo que ya había mostrado en Bach, hizo alarde de mágico poder de ornamentación, y un precioso vals, *Allegretto en Mi menor*, de Alexander Griboyedov, escritor, músico y diplomático ruso de principios del siglo XIX. Terminó así el recital, dejando Sokolov la impronta de la soberanía de su pianismo, nunca de cara a la galería y siempre al servicio de su poderoso pensamiento estético.